

Y en seguida añadió guiñando el ojo con aire maligno y designado con el pulgar el interior del coche:

Ella va muy bien, os saluda... os suplica que no os molestéis... Expresiones á Tupman... ¿Queréis montar detrás? En marcha, postillones.

Los postillones subieron de nuevo á sus asientos; el coche rodó, y Mr. Jingle, extendiendo los brazos fuera de la portezuela, agitaba por burla un pañuelo blanco.

Nada pudo turbar en toda esta aventura el humor igual y tranquilo de Mr. Pickwick, ni aun la pirueta de su coche y de su persona. Pero no pudo soportar esa paciencia la infamia del que había robado á su amigo Tupman. Respirando fuertemente, dijo con voz pasmada y enfática:

— Si algún día encuentro á ese hombre, quiero...

— Sí, sí, — interrumpió Mr. Wardle; — todo eso está muy bien; pero entretanto que nosotros hablamos aquí, ellos obtendrán una licencia y se casarán en Londres.

Mr. Pickwick se detuvo y encerró su venganza en el fondo de su corazón.

— ¿Cuánto hay de aquí á la primera parada? — preguntó Mr. Wardle á uno de los postillones.

— Seis millas, ¿no es eso, Tom?

— Un poco más.

— Un poco más de seis millas, caballero.

— No hay más remedio que andarlas á pie, Pickwick.

— No hay más remedio — repitió aquel hombre verdaderamente grande.

Por orden de Mr. Wardle, uno de los postillones partió delante á caballo para hacer enganchar un nuevo coche, y otro se quedó allí para cuidar del coche destrozado. Al mismo tiempo Mr. Pickwick y el viejo se pusieron valerosamente en marcha después de haber enredado con todo cuidado sus chalinas alrededor de sus cuellos y encasquetándose el sombrero hasta las orejas para evitar en cuanto fuera posible el diluvio que comenzaba á caer.

CAPITULO X

Destinado á disipar todas las dudas que puedan existir sobre el desinterés de Mr. Jingle.

Hay en Londres muchas posadas viejas que servían de cuartel general á los coches más célebres en los tiem-

pos en que los coches verificaban sus viajes de una manera grave y solemne; pero estos mesones han degenerado poco á poco y no albergan ya sino calesas. El lector buscaría en vano alguna de estas antiguas hostelerías entre las *Bocas de oro*, las *Cruces de oro*, los *Toros de oro*, que levantaban su frente soberbia en las bellas calles de Londres. Si el lector quiere estudiar los restos, hará bien en dirigirse á los barrios más oscuros de la población, y allí en algún rincón retirado encontrará cierto número que aun permanecen en pie con sombría obstinación en medio de las innovaciones modernas.

En el *Borough* especialmente, existe todavía una media docena de antiguas casas que han conservado sin cambio alguno su singular fisonomía, y que han escapado al furor de las mejoras públicas y de las especulaciones privadas. Son extraños edificios, con galerías, corredores, escaleras innumerables y muy viejas, bastante vastas para surtir el material de mil hosterías de aparecidos, si algún día nos vemos reducidos á la lamentable necesidad de escribir alguna, y si el mundo dura bastante para agotar las numerosas y verídicas leyendas que se han escrito sobre el viejo puente de Londres y sus alrededores.

En el patio del *Ciervo blanco*, una de las más célebres posadas góticas, y en la mañana que siguió á los funestos acontecimientos que contamos en el capítulo anterior, un hombre se ocupaba activamente en limpiar el lodo de un par de botas. Este hombre tenía un chaleco rayado, adornado con mangas de percal negro y con botones azules de vidrio, un pantalón de paño basto y polainas. Alrededor de su cuello se enrollaba con negligencia un pañuelo de un color rojo muy vivo; un sombrero viejo y blanco se ostentaba inclinado sobre el lado izquierdo de su cabeza. Había delante de este personaje dos filas de botas, las unas limpias, las otras sucias, y á cada adición que hacía en las limpias se detenía un momento para contemplar su obra con evidente satisfacción.

El patio no ofrecía ningún indicio de aquella algarabía, de aquel movimiento característico de los hoteles donde paran las diligencias. Dos ó tres cabriolets, dos ó tres sillas de posta se hallaban bajo unos tinglados. Tres ó cuatro coches, cargados de mercancías, formando un montón tan elevado como el segundo piso de una casa ordinaria, permanecían inmóviles á la sombra de un techado suspendido junto á una de las paredes del patio, mientras otro carromato, que probablemente debía emprender su viaje aquella mañana, estaba sacado á la parte descubierta.

Sonó la campanilla, y una doncella coqueta apareció

en una de las galerías que rodeaban el patio. Tocó en una de las puertas, y habiendo recibido una orden del interior, llamó desde la balaustrada diciendo:

— ¡Sam!

— ¿Qué? — respondió el hombre del sombrero blanco.

— El número veintidós pide sus botas inmediatamente.

— Pues bien; preguntadle si las quiere en seguida, ó esperar á que puedan ir embetunadas.

— Vamos, Sam, basta de tonterías — dijo la joven; este caballero necesita sus botas inmediatamente.

— Cuidado, que sois exigente — respondió el limpiador. — Mirad lo que tengo aquí. Once pares de botas y un zapato que pertenece al número seis, con una pterna de palo. Las botas deben estar entregadas á las ocho y media y el zapato á las nueve. ¿Por qué ha de ser preferido el número veintidós á los demás? No, no; cada uno á su vez, como decía Jack Ketch á los particulares que tenía que colgar: «Siento haceros esperar, pero os despacharé en seguida».

Al decir esto, el hombre del sombrero blanco se puso á trabajar con una viveza acelerada.

Se oyó otra campana, y la vieja fondista del *Ciervo blanco* apareció con aire apresurado en la galería opuesta.

— ¡Sam! — exclamó la mesonera. — ¿Dónde está ese perezoso, ese holgazán, ese?... ¡Oh! ¿aquí estás, Sam? ¿por qué no respondías?

Bueno fuera que os respondiera antes de que acabara de hablar — respondió Sam un poco bruscamente.

— Toma, embetuna esas botas para el número 17 inmediatamente y llévalas al comedor particular número 5, en el piso bajo.

Diciendo esto, la mesonera tiró al patio unos zapatos de mujer y se alejó.

— Número 5 — dijo Sam recogiendo los zapatos y sacando un pedazo de tiza del bolsillo, para anotar su destino sobre la suela. — Zapatos de mujer y comedor particular. Apuesto que no ha venido en carreta.

— Ha venido esta mañana muy temprano — dijo la doncella, que estaba aun apoyada en la balaustrada de la galería; — ha venido en un coche con un caballero, y él es el que ha pedido sus botas, que vos haréis muy bien en despachar pronto.

— ¿Por qué no me habéis dicho eso antes? — exclamó Sam con gran indignación, escogiendo las botas en cuestión entre todas las que tenía delante. — Yo creía que era uno de nuestros parroquianos de á tres peniques. Comedor reservado y una dama también. Si hay bajo su piel algo de caballero, esto me valdrá por lo menos un shilling por día, sin contar con los mandatos.

Estimulado por esta reflexión consoladora, Mr. Samuel cepilló con tan buena voluntad, que al cabo de pocos minutos había dado á los zapatos y á las botas un lustre que hubiera llenado de celos el alma de mister *Varrem*.

Llegando á la puerta del número 5 Sam tocó respetuosamente.

— Entrad — respondió una voz de hombre.

Sam hizo su más escogido saludo, y se presentó ante una dama y un caballero que estaban almorzando. Habiendo colocado oficiosamente las botas derecha é izquierda junto á los pies respectivos del caballero, y los zapatos junto á los de la dama, se retiró hacia la puerta.

— Mozo — dijo el caballero.

— Señor — respondió Sam cerrando la puerta y con la mano puesta sobre el botón de la cerradura.

— ¿Conocéis vos?... ¿cómo se llama? ¿*Doctors Commons*?

— Sí, señor.

— ¿Dónde está eso?

— Junto á San Pablo, caballero. Una arcada baja, una librería á un lado, un hotel á otro y dos comisarios que se encargan de obtener licencias de matrimonio para los que las necesitan.

— ¿Permisos de matrimonio? — repitió el caballero.

— Sí, permisos de matrimonio — repitió Sam. — Dos individuos de delantal blanco os reciben cuando entráis: «Una licencia, caballero, una licencia». Maldita gente y sus amos también. No valen más que los procuradores de la curia.

— ¿Y qué hacen? — preguntó el caballero.

— ¿Qué hacen? Entráis, caballero; ellos saben trastornar la cabeza á todos los que van allí. Mi padre era cochero, cochero viudo, caballero, y bastante gordo para ser capaz de todo. Su cara esposa había muerto y le había dejando cuatrocientas guineas. Bien; fué á los *Commons* para ver á los hombres de ley y colocar el dinero. ¡Famosa facha la de mi padre! Botas con vuelta, sombrero de grandes alas, corbata verde; un caballero completo. Pasó por el arco creyendo que iba á colocar su dinero. Llega, sale el comisario: — ¿Una licencia, caballero? — Sí, señor, dijo mi padre. — ¿Licencia de matrimonio? dijo aquél. — ¡Diablo! dijo mi padre, no había pensado en eso. — Creo que es necesaria, dijo el comisario. — Mi padre se detuvo y reflexionó. — No, dijo; el diablo me lleve, soy muy viejo; además soy muy gordo. — Vamos, pues, dijo el otro. — ¿Pero vos creéis? dijo mi padre. — Estoy seguro, dijo el otro. Aquí hemos casado á un caballero dos veces más gordo que vos el lunes pasado. — ¿De veras? dijo mi padre. — Vos

sois un flacucho junto á él. — Por aquí, caballero, por aquí. Y mi padre marcha detrás de él como un mono aprisionado, y entra en un despacho donde había un escribiente con unos papeles grasientos y un tintero de estaño, que trabajaba con mucho afán. — Sentaos, caballero, dijo el hombre de ley, mientras voy á extender el certificado. — Gracias, caballero, dijo mi padre. — ¿Cómo os llamáis, caballero? dijo el hombre de ley. — Tony Weller, dijo mi padre. — ¿Vuestra parroquia? dijo el otro. — *La Bella Salvaje*. — ¿Y cómo se llama la dama? dijo el leguleyo. — Mi padre no sabía qué responder. El diablo me lleve si lo sé, dijo al fin. — ¿No sabéis nada? dijo el otro. — Lo mismo que vos. ¿No podría añadir el nombre más tarde? — Imposible. — Muy bien, dijo mi padre después de haber reflexionado un instante; poned la señora Clarke. — Clarke ¿y qué más? dijo el hombre de ley mojando la pluma. — Susana Clarke. Creo que consentirá si yo la pido; nunca le he dicho una palabra, pero se casará conmigo, lo sé. La licencia fue extendida y se casaron, y todavía están casados; pero yo no he visto el pelo á las guineas, ni esperanzas. Os pido perdón, caballero—añadió Sam al fin de su relato,—pero cuando toco este punto no me puedo contener.

Y diciendo esto esperó un instante para ver si lo necesitaban, y salió de la habitación.

—Las nueve y media. Es la hora; en marcha; — dijo el caballero, á quien ya podemos presentar como Mr. Jingle.

—¿Hora de qué? — preguntó la tía soltera con coquetería.

—De la licencia, ángel querido. Después será preciso avisar á la iglesia. Mañana por la mañana serás mía, — respondió Mr. Jingle estrechando la mano de Raquel.

—¡La licencia! — suspiró Raquel ruborizándose.

—La licencia, — respondió Jingle.

—¡Cuánta prisa tenéis! — dijo Raquel.

—¿Prisa? ya veréis cómo pasan las horas, días, semanas, meses, años, cuando estemos unidos. ¡Prisa! rayos, relámpagos, locomotora, pieza de mil caballos, nada irá tan aprisa.

—¿No podríamos... no podríamos casarnos antes de mañana? — preguntó Raquel.

—¡Imposible! no puede ser. Es preciso avisar á la iglesia... el permiso hoy, ceremonia mañana.

—Tengo mucho miedo á que mi hermano nos descubra.

—¿Descubrirnos? ¡locura! Muy estropeado por el vuelco... Además... extrema precaución... dejamos la silla de posta... un coche... venir aquí... último punto donde nos buscará. Famosa idea.

—No tardéis mucho — dijo Raquel cuando vió que Mr. Jingle se ponía el sombrero.

—¡Lejos de vos! ¡beldad cruel!

Y Mr. Jingle se acercó á Raquel con aire satisfecho, le dió un casto beso y salió bailando de la habitación.

—¡Caro amante! — dijo Raquel cerrando la puerta.

—¡Maldita pécora loca! — pensó Jingle mientras atravesaba el corredor.

Es penoso meditar sobre la perfidia de nuestra especie, y no seguiremos el hilo de las meditaciones de mister Jingle durante su trayecto á los *Doctors Commons*. Bastará decir que escapó á las sugerencias de los individuos de delantal blanco que estaban en la puerta de aquella región encantadora, y que llegó sin tropiezo á la oficina de la vicaría general. Allí se procuró una insinuante epístola del arzobispo de Cantorbery que decía: «A sus amados fieles, Alfredo Jingle y Raquel Wardle.» Puso cuidadosamente en su bolsillo el documento místico y volvió triunfante á la posada.

Estaba aun en el camino cuando dos caballeros gruesos y uno flaco entraron en el patio del *Ciervo blanco* y buscaron con los ojos una persona á quien dirigir algunas preguntas. Mr. Samuel Weller, limpiador de botas, honorario del *Ciervo blanco*, se ocupaba en aquel momento en teñir de negro un par de zapatos. El hombre flaco se dirigió á él.

—Amigo — dijo.

—¿Qué hay, señor? — contestó el mozo.

—Amigo, — repitió el caballero flaco con un *hem* conciliador. — ¿Tenéis muchos viajeros en este momento? ¿Estáis ocupado, eh?

Sam examinó al interrogador. Era un hombre pequeño, de rostro moreno y anguloso; sus dos pequeños ojos, resplandeciendo á un lado y otro de una nariz delgada y larga, parecían jugar al escondite por medio de aquel órgano. Su levita negra hacía resaltar la blancura de su camisa y de su estrecha corbata; sobre su pantalón negro se destacaba una cadena con sellos de oro, y sus botas eran tan resplandecientes como sus ojos. Tenía en la mano sus guantes negros de cabritilla, y mientras hablaba introducía sus manos bajo las solapas de su vestido, con el ademán de un hombre habituado á las prácticas legales.

—¿Estáis muy ocupado, eh?

—Sí, se trabaja. No hacemos bancarrota, señor, ni fortuna tampoco.

—¡Oh! qué casa tan vieja — dijo el hombre pequeño, mirando en su derredor.

—Si hubierais avisado vuestra llegada, la hubiéramos hecho revocar — exclamó el limpiador imperturbable.

Su interlocutor pareció un poco desconcertado de esta salida. Tuvo lugar una corta consulta entre él y los dos gordos; en seguida tomó un polvo de tabaco en una estrecha tabaquera de plata, y parecía disponerse á renovar la conversaci6n, cuando uno de sus compa \tilde{n} eros, que adem1s de un benévolo continente tenia un par de espejuelos y otro par de polainas negras, avanzó y dijo mostrando al otro caballero gordo:

—El hecho es que mi amigo os dar1 media guinea si queréis responder á una ó dos...

—¡Eh! querido amigo — interrumpió el pequeño. — Permittedme; el primer principio que ha de observarse en estos casos es el siguiente: al poner el asunto en manos de un hombre de negocios, no debéis mezclaros en lo que éste haga. Debéis tener entera confianza en él. Realmente, caballero...

Y se volvió al otro caballero gordo, diciéndole:

—He olvidado el nombre de vuestro amigo.

—Pickwick — respondi6 Mr. Wardle.

—¡Ah! Pickwick. Realmente, Mr. Pickwick. Escuchadme.

Yo tendré mucho gusto en recibir vuestro consejo particularmente, como *amicus curiae*; pero debéis comprender el inconveniente de vuestra intervenci6n en este momento, sobre todo en un argumento *ad captandum*, como es la oferta de media guinea.

Y el hombre pequeño tom6 con ademán profundo un polvo de tabaco argumentativo.

—Mi único deseo, caballero — respondi6 Mr. Pickwick, — era resolver lo m1s pronto posible este desagradable asunto.

—Muy bien, muy bien — dijo el hombre pequeño.

—Por eso — dijo Mr. Pickwick — he hecho uso del argumento que sin conocimiento de los hombres me ha presentado como el mejor en todas ocasiones.

—Sí, sí — dijo el pequeño, — ¡muy bueno, muy bueno, es verdad! Pero deberíais habérmelo dicho á mí. Ya sabéis qué confianza sin límites debe tenerse siempre en el hombre de negocios.

—En fin, señores — dijo Sam repentinamente; — queréis que yo acepte media guinea. Muy bien; eso me gusta. No falta sino saber lo que deseáis de mí.

—Queremos saber... — dijo Hr. Wardle.

—¡Por Dios, caballero, caballero! — interrumpió el hombre pequeño.

Mr. Wardle alz6 los hombros y call6.

—Queremos saber — prosigui6 solemnemente el pequeño, — y os dirigimos esta pregunta para no despertar inútiles aprensiones en la posada; queremos saber qui6n hay aquí actualmente.

—¿Qui6n hay actualmente en esta casa? Hay un par de botas húngaras en el número 13 — respondi6 Sam, en cuya imaginaci6n estaban representados los inquilinos por aquellas prendas de vestir que estaban bajo su inmediata inspecci6n. — Hay una pierna de palo en el número 6, dos pares de botitos en la sala del comercio, hay estas botas de vuelta, aquí, en el piso bajo, y cinco pares m1s en el caf6.

—¿Nada m1s? — dijo el pequeño.

—Esperad un poco — dijo Sam, procurando recordar; hay un par de botas á lo Wellington, bastante usadas, y dos zapatos de mujer en el número 5.

—¿Qué clase de zapatos? — pregunt6 con inter6s mister Wardle, que lo mismo que Mr. Pickwick se habia perdido en aquel cat1logo de botas.

—Zapatos de provincia.

—¿Llevan el nombre del zapatero?

—Brown.

—¿De d6nde?

—De Muggleton.

—Ellos son — exclam6 Mr. Wardle. — Los hemos encontrado.

—¡Chit6n! Los Wellington han ido á la vicaría.

—¡Bah! — dijo el pequeño.

—Sí, por una licencia.

—Llegamos á tiempo — exclam6 Mr. Wardle. — Mostradnos la habitaci6n. No hay tiempo que perder.

—Os lo suplico, caballero, os lo suplico. Tened paciencia, paciencia — dijo el hombrecillo.

Al decir esto, sac6 de su bolsillo de seda roja un soberano, que hizo sonreír á Sam de una manera expresiva.

—Mostradnos la habitaci6n de repente, sin anunciarnos, y esta moneda es para vos.

Sam tir6 la bota y llev6 á nuestros personajes por un corredor sombrío y una ancha escalera. Al llegar al segundo piso se par6 y extendió la mano.

—¡Ahí est1! — dijo en voz baja el abogado, depositando el soberano en la mano de su guía.

Sam di6 aun algunos pasos y se detuvo delante de la puerta.

—¿Es aquí? — pregunt6 el pequeño.

Sam hizo un signo afirmativo.

El viejo Wardle abri6 la puerta y los tres penetraron en la habitaci6n, precisamente en el instante en que Mr. Jingle, que acababa de entrar, enseña la licencia á Raquel.

Raquel lanz6 un grito, y dejándose caer sobre una silla, se cubri6 el rostro con las manos. Mr. Jingle estruj6 la licencia y la guard6 en el bolsillo. Los visita-

dores intempestivos avanzaron hasta el centro de la habitación.

—¡Sois un bribón! — exclamó Mr. Wardle, palpitando de cólera.

—Querido amigo, por Dios — interrumpió el pequeño, poniendo su sombrero sobre la mesa. — Os lo ruego, atended... *scandalum magnatum* — difamación... demanda de perjuicios... Calmaos, os lo ruego.

—¿Cómo os habéis atrevido á robar á mi hermana de mi casa? — continuó Mr. Wardle.

—Sí, muy bien — dijo el abogado; — podéis preguntarle eso. ¿Cómo os atrevéis á robar á su hermana, eh, caballero?

—¿Quién diablos sois vos? — exclamó Mr. Jingle en tono tan violento, que el letrado retrocedió un paso ó dos involuntariamente.

—¿Que quién es? Bribón. Es mi abogado, mister Perker, Perker. Quiero perseguir á ese bandido; quiero... quiero... quiero perderle. Y vos — continuó mister Wardle dirigiéndose á su hermana, vos, Raquel, á vuestra edad, cuando deberíais conocer el mundo... ¿en qué pensabais al escaparos con un vagabundo? ¡Deshonrar á vuestra familia, deshonraros más vos! Poneos vuestro sombrero y venid conmigo. Traed un coche y la cuenta de esta señora.

—Mandad, caballero — replicó Sam, respondiendo al violento campanillazo de Mr. Wardle con una celeridad incomprensible para quien no supiese que había aplicado el ojo al agujero de la llave durante la entrevista.

—Poneos el sombrero — continuó Mr. Wardle.

—No hagáis tal — exclamó Mr. Jingle. — Salid de aquí, señores; aquí no tenéis que hacer nada. Dama libre y dueña de sus acciones. Más de veintitún años.

—¡Más de veintitún años! — repitió Mr. Wardle con desprecio. — Más de *cuarenta* y un años.

—¡No es verdad! — exclamó la tía, excediendo entonces su indignación á su deseo de ponerse mala.

—Es verdad — replicó Mr. Wardle, — tenéis cincuenta años como ahora es de día.

La tía lanzó un grito agudo y perdió el conocimiento. Mr. Pickwick, con su amenidad acostumbrada, llamó á la mesonera y le pidió un vaso de agua.

—¡Un vaso de agua! — respondió el colérico viejo, — traed un palo. Le sentará mejor, y lo merece bien.

—Sois un bruto — exclamó la posadera.

Después siguieron las exclamaciones de «pobre señora, vamos, bebed... no os dejéis humillar, pobre amor!», etcétera.

La posadera, ayudada por una criada, empezó á hu-

medecer la frente, á tocar las manos y la nariz, á desenlazar el corsé, y á administrarle, en fin, todos los calmantes aplicados ordinariamente por las terribles matronas á las damas que se esfuerzan en tener ataques de nervios.

—El coche está pronto, caballero — dijo Sam apareciendo en la puerta.

—Vamos, vamos, venid, — dijo Mr. Wardle. — Yo la llevaré al coche.

A esta proposición los ataques de nervios empezaron con nuevo furor.

La posadera estuvo á punto de protestar violentamente contra este proceder, y había ya preguntado con indignación si Mr. Wardle se creía señor de la creación, cuando Mr. Jingle se interpuso.

—Mozo — dijo, — traed un policía.

—Esperad, caballero — dijo el pequeño Pecker; — considerad, considerad...

—No quiero considerar nada — dijo Jingle. — Ella es dueña de sí misma; veremos quién se atreverá á llevarla sin su consentimiento.

—No quiero que me lleven — murmuró la dama desmayada, — no lo consiento.

(Aquí hubo una crisis de nervios espantosa).

—Mis queridos amigos — dijo el abogado llevando aparte á Mr. Wardle y á Mr. Pickwick. — Estamos en una situación muy difícil. Es un caso raro; nada he visto más raro; pero, en fin, señores, no tenemos derecho á impedir la voluntad de esta señora. Ya os advertí antes que no había otro medio que una transacción.

—¿Qué especie de transacción queréis hacer? — preguntó Pickwick.

—Caballero, vuestro amigo está en una posición muy desagradable, excesivamente desagradable. Es preciso que consienta en hacer algunas concesiones pecuniarias.

—Gastaré todo lo necesario antes que sufrir esta deshonra, antes que sufrir que esta loca se haga miserable para toda su vida.

—Creo que esto podrá arreglarse — dijo el letrado;

—Mr. Jingle, ¿queréis venir con nosotros un instante á la habitación inmediata?

Mr. Jingle consintió, y el cuarteto pasó á la habitación de al lado.

—Ahora, caballero — dijo el letrado, cerrando cuidadosamente la puerta, — ¿no hay medio alguno de arreglar este asunto? Sabemos acá, para entre los dos, que habéis robado á esa dama por amor al dinero.

El rostro de Mr. Jingle se iluminó gradualmente durante estas frases, y algo parecido á un guiño se notó

en su pupila izquierda.

—Muy bien, muy bien — continuó Pecker, observando la impresión que había hecho. — Ahora el hecho es que la dama no tiene nada, ó poca cosa, hasta la muerte de su madre, una persona muy bien conservada.

—¡Vieja! — dijo Jingle lacónicamente, pero con energía.

—Sí, es verdad — respondió el abogado con una ligera tos. — Tenéis razón, es vieja; pero pertenece á una familia vieja también. El fundador de esta familia llegó al condado de Kent en tiempo de Julio César, y el miembro de la misma que menos ha vivido, ha sido ochenta y cinco años, y eso porque lo decapitó Enrique III. La vieja no tiene más que setenta y tres.

El pequeño se detuvo y tomó un polvo de tabaco.

—¿Y qué? — dijo Jingle.

—Pues bien; sois un buen muchacho, un hombre de mundo, capaz de hacer fortuna si tenéis capital, ¿eh?

—¿Y qué? — repitió Jingle.

—¿No comprendéis?

—No.

—¿No pensáis?... vamos al hecho. ¿No pensáis que cincuenta guineas y la libertad serían más que miss Wardle y esperanzas?

—¡Imposible! — dijo Mr. Jingle.

—Es buena suma — continuó el hombrecillo. — Un hombre como vos podría triplicarla en poco tiempo. ¡Se puede hacer mucho con cincuenta guineas!

—¡Más se puede hacer con ciento cincuenta! — respondió Jingle friamente.

—Vamos, no perdamos el tiempo en cortar un cabello en cuatro. ¡Sean ochenta!...

—¡Imposible!

—Pues decid lo que queréis.

—Asunto costoso... desembolsos... caballos de posta... nueve guineas... licencia, tres guineas, son doce... compensación, cien guineas, ciento doce. Pérdida de honor y pérdida de la dama.

—Vamos, vamos — interrumpió el hombre de leyes con acento maligno; — no hablemos de los dos últimos artículos; son ciento doce guineas... pongamos ciento.

—Ciento veinte.

—Vamos, vamos; voy á haceros un pagaré, — repuso el pequeño sentándose junto á una mesa y escribiendo.

—Lo pondré pagadero para mañana. ¿Podremos sacar la dama hoy de aquí? — añadió interrogando á mister Wardle con la mirada.

Este hizo un sombrío signo de asentimiento.

—Ciento — dijo el abogado.

—Y veinte — añadió Jingle.

—¡Pero, por Dios! — exclamó Pecker.

—Dádselas — interrumpió Mr. Wardle, — y que se vaya al diablo.

El pagaré fué escrito por Mr. Pecker y guardado por Mr. Jingle.

—Ahora dejad esta casa inmediatamente — dijo mister Wardle levantándose. — Y sabed que nada en el mundo, ni aun el honor de mi familia, me hubiera hecho consentir en esta transacción, si no estuviera convenido de que seréis presa del diablo, tanto más pronto, cuanto más dinero tengáis.

—En marcha, al instante — contestó el impasible Jingle. — Adiós, Pickwick.

Si algún observador desinteresado hubiese podido contemplar durante el final de esta conversación el continente del hombre ilustre cuyo nombre decora nuestro título, se hubiera admirado de que el fuego de le indignación que lanzaban sus ojos no derritiera el vidrio de sus anteojos. Sus narices se inflaron, sus puños se cerraron involuntariamente cuando se oyó nombrar familiarmente por aquel miserable; pero se contuvo y no lo pulverizó.

—Tomad — continuó el vagabundo, arrojando la licencia á los pies de Mr. Pickwick. — Cambiad los nombres, llevaos á la dama. Esto puede servirle á mister Tupman.

Mr. Pickwick era un filósofo. Pero después de todo, los filósofos no son otra cosa que hombres revestidos de una armadura de sabiduría. El dardo agudo penetró al través del arnés filosófico de nuestro héroe y atravesó profundamente su corazón. En un acceso de rabia lanzó á la ventura el tintero que había servido á Mr. Pecker, y se precipitó en la misma dirección. Pero su adversario había desaparecido, y el sabio se encontró en los brazos de Sam.

—¡Eh! — dijo este excéntrico funcionario. Los muebles no son caros en vuestro país. He aquí un tintero que escribe solo. Ved cómo ha escrito vuestro nombre en esta pared.

Mr. Pickwick se apaciguó tan pronto como se había irritado, respiró fuertemente y dirigió una sonrisa benévola á sus amigos.

¿Trasladaremos aquí las lamentaciones de miss Wardle, cuando supo de que manera le había abandonado su infiel amante? ¿Imprimeremos los detalles de esta escena desgarradora, tan admirablemente descrita por mister Pickwick? Su libro de memorias está abierto ante nosotros; una ligera señal de humedad indica todavía cuantas lágrimas le arrancó la humanidad compasiva. Una sola palabra y estas notas pasarán á manos del impresor.

Pero no resistiremos á esta tentación. No queremos desgarrar el corazón del público con la pintura de aquellos horribles sufrimientos.

Al día siguiente el pesado coche de Muggeton condujo lenta y tristemente á los dos amigos con la dama abandonada. Las sombras de la noche habían caído sobre toda la Naturaleza cuando llamaron á la puerta de la casa de Dingley-Dell.

CAPÍTULO XI

Otro viaje y un descubrimiento de antigüedad. — Mister Pickwick resuelve asistir á una elección. — Manuscrito entregado por un viejo eclesiástico.

Una noche de reposo y tranquilidad en el profundo silencio de Dingley-Dell, y al día siguiente una hora de inmersión en el aire fresco y perfumado del campo, borraron completamente en Mr. Pickwick las señales de la fatiga que su cuerpo había soportado y de la ansiedad que había soportado su espíritu. Dos días estuvo este hombre ilustre separado de sus amigos, de sus prosélitos, y cuando al volver de su paseo natural encontró á mister Winkle y á Mr. Snodgrass, se acercó á ellos para darles los buenos días con un sentimiento de delicia, que apenas puede ser comprendido por una imaginación vulgar. El placer fué místico. Sin embargo, una nube parecía obscurecer la frente de sus discípulos. Tenía un aire misterioso, tan alarmante como extraordinario. El grande hombre lo notó, más no pudo adivinar la causa.

Después de haber estrechado las manos de los dos amigos y proferido algunas calurosas expresiones de felicitación, Mr. Pickwick les dijo:

—¿Cómo sigue Tupman?

Mr. Winkle, á quien la pregunta iba particularmente dirigida, no respondió. Volvió la cabeza y pareció absorbido en melancólicas reflexiones.

—Snodgrass, — continuó Mr. Pickwick con vivacidad, —¿cómo sigue Tupman? ¿está malo?

—No, — replicó Snodgrass, y una lágrima humedeció su pupila sentimental; no, no está malo.

Mr. Pickwick contempló sucevamente á cada uno de sus amigos.

—¡Winkle! ¡Snodgrass! — les dijo cuando les hubo contemplado bastante, — ¿qué significa esto? ¿dónde está nuestro amigo? ¿qué le ha pasado? Hablad, os lo suplico, os lo mando.

Había en la apostura y en el acento de mister Pickwick una dignidad, una solemnidad á la cual era imposible resistir.

—Nos ha abandonado, — dijo Snodgrass.

—¿Nos ha abandonado? — repitió Mr. Pickwick.

—Nos ha abandonado, — añadió Mr. Snodgrass.

—¿Dónde está? — preguntó Mr. Pickwick.

—Sólo por este escrito podemos sacarlo, — replicó Mr. Snodgrass sacando de su bolsillo una carta y poniéndola en manos de su amigo. — Ayer mañana, cuando recibimos una carta de mister Wardle anunciándonos para la tarde la llegada de su hermana, hemos notado que la melancolía que se había apoderado de nuestro amigo aumentaba más cada vez. Poco después desapareció: le buscamos en vano todo el día, y por la noche nos trajo esta carta el palafrenero de la *Corona* de Muggleton. Nuestro amigo la había dejado allí desde por la mañana, recomendándole que no nos la entregara hasta que fuera de noche.

Mr. Pickwick abrió la carta. Era la letra de Tupman y contenía lo siguiente:

«Mi querido Pickwick: Vos que estáis colocado en una región superior á las debilidades humanas, ignoráis que golpe fatal se experimenta cuando uno se ve abandonado por una encantadora, por una fascinadora criatura, y cuando es una víctima de un monstruo que ocultaba la astucia y el vicio bajo la máscara de la amistad. ¡Ah! ¡ojalá no conocáis nunca eso.

»Las que me sean dirigidas á la *Botella de cuero*, en *Cobham Kent*, las recibiré supuesto que exista entonces. Me alejo de una parte del mundo que me es odiosa. Si dejo el mundo entero, compadecedme, perdonadme. La vida, mi querido amigo, me es insostenible. La llama que arde en nuestro interior es como un gancho en que reposa el enorme peso de los cuidados y penalidades del mundo. Cuando esta llama falta, el fardo se hace demasiado pesado para que podamos soportarlo, y caemos agobiados en tierra. Podéis decir á Raquel... ¡ah!... este nombre... ¡qué recuerdo!...

Tracy Tupman.»

—Vamos á partir inmediatamente, — dijo mister Pickwick cerrando la carta. — No hubiéramos podido de